



DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE

Julio Retamal Avila





CUADERNOS HISTORICOS

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE
Julio Retamal Avila

Derechos Reservados
Inscripción N° 50.586

1ª edición
Marzo de 1980

Edición dirigida por
Guillermo Monckeberg Barros

Editorial Salesiana
Erasmó Escala 2334
Santiago, Chile

Diseño de portada y diagramación:
Taller de Diseño Gráfico Editorial Salesiana

Impresor:
Salesianos, Bulnes 19
Santiago, Chile

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1980.



DESCUBRIMIENTO
Y CONQUISTA
DE CHILE

Julio Retamal Avila

Editorial Salesiana

El Adelantado Don Diego de Almagro

Diego de Almagro, conquistador del Perú y de Chile, nació en la villa de Almagro en 1478. Hijo natural de Elvira Gutiérrez y de Juan de Montenegro, que era copero de un Maestro de la Orden de Calatrava, fue enviado casi recién nacido a la aldea de Bolaños, para tratar de ocultar de algún modo la vergüenza y el deshonra que sobre su madre hacía recaer el alumbramiento reprochable. Duros años de penalidades hubo de afrontar el pequeño, primero al cuidado de Sancha López del Peral y luego, al de su tío Hernando Gutiérrez, de cuyo lado huyó cuando contaba casi los 15 años. Vagó por España, sobreviviendo miserablemente en distintas ciudades y villas. Se cuenta que en una ocasión llegó hasta Ciudad Real, lugar donde vivía su madre, ahora legítimamente casada, y acercándose a ella el pequeño le pidió algo de comer. La madre, entregándole unas cuantas monedas y dándole algo de comida, le dijo: "Toma hijo e no me des más pasión e vete e ayúdete Dios a tu ventura".

En 1514, se preparaba en la península una gran armada, la que al mando de Pedrarias Dávila vendría a Indias. En esa armada se enroló Diego y zarpó en abril rumbo al nuevo continente. Su destino comenzaba a cambiar. Se estableció en Panamá, y allí conoció y se asoció a otro aventurero —Francisco Pizarro— en distintas empresas comerciales, llegando a reunir entre ambos cierto capital, el que unido al crédito obtenido por el clérigo Fernando Luque, que actua-

ba en representación de los banqueros Espinozas, les permitió lanzarse en la gran empresa de conquistar el legendario y rico imperio de los Incas.

Conquistado el Perú después de enormes esfuerzos, la amistad entre los socios se quebró, pues todo el honor de la conquista lo obtuvo para sí Francisco Pizarro, reservándole a Almagro sólo la Gobernación de la fortaleza de Tumbez. Pobre premio resultaba sin duda esa pequeña fortaleza para tan principal protagonista, y por ello los ánimos entre los socios debieron resentirse fuertemente. Sólo más tarde, cuando Fernando Luque medió, Pizarro accede a entregarle a Almagro el título de Adelantado.

Más tarde, cuando el Emperador Carlos V realiza la partición del extremo sur de América, acordándose de los méritos de Almagro le concede la Gobernación de la Nueva Toledo, que se ubica al sur de la Gobernación de Francisco Pizarro.

La idea de venir a Chile

Habiéndose vuelto a resentir la amistad de Almagro y Pizarro, esta vez por la posesión de la ciudad del Cuzco, la que ambos creían tener dentro de sus respectivas gobernaciones, Almagro, acicateado por noticias que le proporcionaron los indios en el sentido de que al sur de esa ciudad existía un territorio de clima suave, suelos fértiles y por sobre todo cuajado de oro, de donde —según se decía— venían los

más grandes tesoros del Inca, se resolvió a iniciar la conquista del territorio.

A los factores señalados, habría que agregar que en el Perú existía una población de soldados recién llegados que se debatían entre la pobreza y la ociosidad, las ganas de poder servir a Su Majestad y las ansias de cubrirse de gloria y riquezas. Por otra parte, los incas, deseosos de desembarazarse de los españoles, ofrecieron no sólo la información sino también entregaron hombres y pertrechos para la jornada.

Todo lo anterior pesó fuertemente en la imaginación del Adelantado, y aumentó sus deseos de honor, gloria y poder. "La nueva conquista —señala Encina— no sólo le permitiría servir y enriquecer a cuantos se le acercaban, sino que también levantaría su fama al primer puesto entre los conquistadores de América y su gloria se reflejaría sobre el heredero de su nombre..."¹

Con toda la información recogida, Diego de Almagro levantó bandera de enganche en el Cuzco y envió a Ruy Díaz y a Juan de Herrera a hacer lo propio en Lima, ordenándoles que comprasen un barco y zarparan rumbo al Sur llevando consigo todo género de víveres y de utensilios necesarios como fierro, armas y vestidos. La idea de permanecer en el país que se conquistaría, desde el primer momento se hizo fuerte en el pensamiento de Diego de Almagro.

La expedición

Pronto el viejo conquistador reunió un gran número de soldados de entre los recién llegados al Perú y, por cierto, de entre sus antiguos amigos y seguidores. Para equipar la expedición, Almagro hubo de hacer enormes gastos, consistentes en su mayoría en compra de armas y caballos, los que no sólo eran caros sino que difíciles de obtener. Gonzalo Fernández de Oviedo, su amigo y cronista de la jornada, calculó en su *Historia General y Natural de las Indias*, el costo total de la expedición en más de un millón y medio de pesos castellanos, suma que es, a todas luces, sumamente alta y que consideramos evidentemente exagerada.

Listos los preparativos, armados los soldados y montados muchos de ellos, Almagro salió del Cuzco el 3 de julio de 1535 con poco más de cincuenta hombres. Su primera parada la hizo en Moína y desde allí marchó por el camino de los Andes hasta la región del Collao. Rumbeó en seguida la ribera occidental del lago Titicaca, atravesó el Desaguadero y llegó a Paria. En ese lugar descansaron y se prepararon para la gran jornada, se abastecieron de ropa, ovejas y comidas; pero por sobre todo, engancharon los indios necesarios para el transporte de las vituallas. Más de un mes permanecieron en ese lugar los expedicionarios y luego de orillar el lago Aullaga y después de cruzar llanuras estériles y seranías nevadas, llegaron a Tupiza a fines del mes de octubre. Aquí los esperaba el príncipe incaico Paullo Tupac y el Villac-Umu (sumo sacerdote),

¹ Encina, Francisco: *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891*. Santiago, 1912.

que eran los compañeros que el Inca Manco había designado en su afán por facilitarle a Diego de Almagro la penetración en territorio chileno. Paullo Inca le tenía reservada una gran sorpresa al Adelantado, le estaba esperando con todo el tributo que desde Chile iba para el Inca. Ese tesoro le fue entregado íntegramente a Almagro y tuvo la propiedad de hacer olvidar a los soldados el cansancio que el largo viaje les causaba y aumentar sus deseos de continuar sin desmayos la empresa que ya se comenzaba a tornar dificultosa. A pesar del buen ánimo que tenía la expedición a la vista del oro, hubo de permanecer detenida en ese lugar cerca de dos meses. Allí se repararon las herraduras de los caballos y se reorganizó la expedición, pero también fue en ese lugar donde se debió lamentar la desertión del Villac-Umu y de muchos indígenas que regresaron al Cuzco, levantando a su paso a los naturales contra el invasor de sus tierras. Por otra parte los españoles, con su conducta arbitraria y despótica fueron ganándose la animosidad de los indios, como lo relata el padre Cristóbal de Molina en su **“Conquista y población del Perú”**. Respecto de esta afirmación existen testimonios nuevos que la historiografía ha proporcionado que parecen cambiar el semblante del asunto. Los españoles no habrían sido tan crueles como afirma Molina, el que al parecer creó varias fantasías, producto de su adhesión a la causa indigenista que encabeza en América, Bartolomé de Las Casas.

De Tupiza los expedicionarios avanzaron, en medio de constantes ataques indígenas, hasta

Chicoana, en donde debieron esperar que disminuyese la cantidad de nieve que cubría los pasos cordilleranos. La travesía por la cordillera fue dura, el frío congelaba a los mal vestidos españoles y a los casi desnudos indios; los guijarros les lastimaban los pies y se los cortaban; muchos de ellos, al sacarse las botas arrancaban junto con ellas los dedos; los caballos morían de frío y de hambre.

La expedición comenzaba a verse perdida, sin fuerzas para seguir por el sendero helado que les aguardaba y sin poder volver grupas a sus caballos por el horror que significaba ver los cadáveres que habían quedado en el camino.

Pero en medio de esas penalidades, Almagro mostró su fiero y resuelto espíritu. Se adelantó con veinte hombres a caballo y después de tres días de duro andar, bajó al valle de Copiapó. La expedición estaba salvada.

El primer español pisaba tierra chilena, con él lo hicieron 240 soldados y más de 1.500 indios. Arriba, en la helada cordillera, quedaban con una eterna sonrisa en el rostro algunos soldados, muchos indios y bastantes caballos.

En territorio chileno

Una vez asentado en el valle de Copiapó, el Adelantado debía afrontar la hostilidad de los indios de Huasco y Coquimbo, que habían dado muerte a tres españoles que solos, anticipándose, habían hecho la travesía de la cordillera. Los indios, temiendo la represalia de los españoles, huyeron de sus ranchos lleván-

dose sus cosechas; Almagro hizo prender a varios de los principales y los condenó a morir en la hoguera. Mal inicio de una pretendida amistad entre españoles y aborígenes. La justicia de los primeros fue dura con los segundos.

Después de interrogar a diversos indios de la región, Almagro avanzó al Sur e instaló su campamento en Aconcagua, en donde encontró uno de los barcos que habían zarpado desde Callao. Desgraciadamente, las relaciones con los naturales se vieron nuevamente cortadas, esta vez por las intrigas de un astuto intérprete indígena llamado Felipillo, que levantó a los pocos yanaconas peruanos que en el grupo quedaban. El castigo de los españoles no tardó en llegar y la sangre volvió a correr.

En ese lugar, luego de interrogar a numerosos indios, Almagro se convenció de la pobreza de la tierra y de que sus habitantes no pasaban de ser pobres agricultores sin organización alguna y que, por añadidura, se presentaban cada vez más hostiles. A pesar de ello, el Adelantado ordenó a un grupo de soldados que recorriera el país hasta el Estrecho de Magallanes. Tal reconocimiento fue encargado al Capitán Gómez de Alvarado, el que resueltamente avanzó hacia el Sur. No tuvo mayores problemas hasta llegar al río Maule, lugar en donde una partida que encabezaba Martín Monje fue atacada por un grupo de indios. Vencidas las primeras dificultades, el grupo continuó hasta la región de Itata y en Reinohuelén, Alvarado encontró una fuerte resistencia en indios que organizadamente presentaron batalla. Intimidados por esa inesperada ac-

ción, los españoles volvieron grupas a sus caballos y se reunieron con Almagro en Aconcagua.

El regreso de los de Chile

Desilusionados los españoles por la escasez de oro que la tierra tenía, presionaron fuertemente en el ánimo de Almagro y le pidieron regresase al Perú. Almagro, que al parecer deseaba quedarse aquí, debió ceder a las presiones y ordenó preparar la vuelta. Esta vez el regreso sería por el camino del desierto. El capitán, hombre bondadoso y magnánimo, tuvo antes de partir un gesto que lo retrata ante sus hombres. Uno a uno llamó a sus deudores ante sí y en su presencia rompió los pagarés que lo comprometían para con él. Gesto de gran señor, que aunque arruinado por el fracaso de la expedición, no trepida en perdonar deudas a los compañeros de infortunio.

La travesía del desierto fue dura y agotadora. La falta de agua, los fríos de la noche y los calores del día la hicieron más esforzada aún.

La marcha no tuvo mayores tropiezos, salvo algún esporádico enfrentamiento con los indios lugareños, de los cuales salieron siempre airoso. La columna llegó al Perú, o mejor dicho a las cercanías del Cuzco, en 1537, y su llegada fue providencial para los españoles que allí estaban asentados, pues la rebelión que los indios sostenían sólo pudo ser conjurada con la llegada de esos refuerzos.

Su regreso, sin embargo, aumentó las querellas que contra Pizarro sostenía desde antiguo y la guerra civil estalló. En las Salinas, en abril de 1538, la lucha entre los dos partidos se decidió a favor de Pizarro y el viejo y desgastado Adelantado fue sometido a proceso y muerto en la prisión.

Chile cayó en desgracia junto con su esforzado conquistador. Los llamados "de Chile" fueron repudiados por los demás españoles y debieron conformarse sólo con migajas. Las esperanzas de los soldados se habían desvanecido en el aire de la nueva tierra y hasta el nombre de ella pasó a ser considerado como desgraciado.

Don Pedro de Valdivia

Pedro de Valdivia había nacido junto con el siglo en una aldea de La Serena, en Extremadura. Allí, en la antigua Castuera, se levantaba la casa familiar que a cada momento le recordaba las tradiciones familiares de guerreros. Como todo hijodalgo Valdivia, o mejor dicho, la familia del futuro conquistador ostentaba un escudo de armas logrado después de muchas generaciones de esforzados guerreros. "La muerte menos temida da más vida" rezaba el lema y, por cierto Valdivia, haciéndose eco de él, se enrola tempranamente en las huestes imperiales a cumplir con su destino atávico.

España enfrentaba en Flandes a las tropas francesas y el joven Valdivia, a las órdenes de Enrique de Nassau, se encuentra en la defensa

de Valenciennes donde, en medio del ruido del combate y del humo de la pólvora, vislumbra la también joven figura del Emperador, la que se le quedará grabada por siempre en su memoria. Pasa luego con todo el ejército a servir en Italia, donde como soldado de infantería participa a las órdenes de los más grandes capitanes de su época como fueron Próspero Colonna y el Marqués de Pescara. Bajo el mando superior de ellos ganó el ducado de Milán y luego en 1525 asistió en Pavía a la rendición del rey Francisco I de Francia, culminando sin duda uno de los más notables triunfos de la corona española.

Aún cúpole participar en otras batallas, como la de Nápoles, en donde también las armas españolas, las más afamadas del mundo, obtuvieron victoria. Después de esa campaña, el joven Valdivia volvió a su tierra natal, cargado de prestigio por haber alcanzado en el campo de batalla el cargo de Capitán. Obtuvo allí descanso a sus huesos y encontró en el amor de una doncella, doña Marina Ortiz de Gaete, paz para su inquieto espíritu.

Pero la vida de labriego no se había hecho para él y el Nuevo Mundo comenzó a llamarlo a nuevas hazañas y aventuras. Hombre de su tiempo, Valdivia pensaba que la vida sólo se justificaba en la medida que dejara fama de sí a la posteridad. Un día abandonó el hogar campesino y se embarcó para América, a las órdenes de Jerónimo de Alderete.

Sirvió en Venezuela durante todo el año 1536 y luego pasó al Perú en un socorro de hombres que solicitó Francisco Pizarro para hacer frente

a la rebelión del Inca Manco. Pronto, en las nuevas tierras, a las órdenes de Gonzalo Pizarro, demostró su valor y fue designado Maestre de Campo. En esa calidad se encontró en la batalla de Las Salinas, donde se decidió la trágica suerte de Diego de Almagro.

Sus grandes méritos desplegados en el ejército pizarrista le valieron numerosas recompensas, entre otras la Encomienda del valle de la Canela y una mina de plata en el cerro de Porco.

La aventura de Chile

Las posesiones de Valdivia en Perú no le bastaron al futuro conquistador y en la primera visita que el Marqués Francisco Pizarro hizo a la región, el joven de 35 años solicitó de él la merced de la conquista de Chile. La negativa de Pizarro no se hizo esperar, pero el insistente pedido del extremeño terminó por hacer ceder al Marqués, el que a fines de abril de 1539 le dio su autorización y le nombró su Teniente de Gobernador en Chile.

¿Qué movía a Pedro de Valdivia a tan extraña solicitud? ¿Qué le hacía abandonar sus ricas posesiones para marchar rumbo a la más desahucada de las comarcas de América? Sólo su espíritu aventurero, su afán de gloria y su deseo de realizar algo grande puede explicar su actitud, máxime si sus propios amigos y compañeros, según palabras del propio Valdivia, lo tuvieron por loco, "y aún muchas personas que me querían bien, y eran tenidos por cuerdos, no



Pedro de Valdivia, según grabado aparecido en la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano* de Antonio Herrera, Madrid, 1615.

me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú y donde el Adelantado no había perseverado..."²

Concedido el permiso, Valdivia se dio a la tarea de organizar la empresa. La labor era grande, pues el convencimiento de la pobreza del país y la certeza de que la empresa era temeraria y difícil le cerró las puertas del crédito y lo que es peor aún le restó soldados a la formación de la hueste. Después de varios meses de organización, pregones y banderas de enganches que recorrieron Perú, sólo logró juntar cerca de diez hombres y una mujer, Inés de Suárez. Las esperanzas parecían esfumarse, mas la tozudez de Valdivia no fue derrotada y esperó mejores tiempos, los que vendrían, sin duda.

La primera de las esperanzas que aparecieron en el horizonte de Valdivia, fue el haber logrado interesar al comerciante Francisco Martínez, quien aportó por contrato suscrito el 10 de octubre de 1539 la cantidad de \$ 9.827 en mercaderías, a cambio de la mitad de las utilidades que produjera la conquista. La segunda de las esperanzas del capitán estaba cifrada en conseguir soldados provenientes de las expediciones que al Altiplano, a los Chunchos y Chiriguano, habían partido, siempre y cuando las dificultades de ellas las hicieran fracasar. Con ese objetivo, despachó emisarios a su encuentro, señalándoles el camino que habrían de seguir. La falta de hombres era tanta que Valdivia

contándole al Rey las dificultades que tenía para formar su hueste, le dice: "Sepa Vuestra Majestad, que cuando el Marqués don Francisco Pizarro me dio esta empresa, no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trajo el Adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal enfamada, que como la pestilencia huían de ella".³

Como si esto fuera poco, cuando ya lograba tener un cierto dominio de la situación, una nueva dificultad se le puso en su camino. Pero Sancho de la Hoz, antiguo secretario de Pizarro, regresaba de la península trayendo consigo una cédula real, que le hacía Gobernador de las tierras ubicadas al sur del Estrecho de Magallanes. Después de varias y largas entrevistas, Pizarro obtuvo que Valdivia aceptara a Sancho de la Hoz como socio en la empresa. Mediante contrato, Sancho de la Hoz se comprometió a dar cincuenta caballos, doscientas corazas y dos navíos cargados de mercaderías para el sustento de la empresa.

La hueste en marcha

A comienzos de enero de 1540, Pedro de Valdivia salía del Cuzco con sólo 11 soldados. Pasó por Arequipa, Moquehua y Tacna, y logró llegar a Tarapacá. En el camino había reclutado algunos hombres, por lo que la hueste sumaba ahora 20 soldados. La expedi-

² Valdivia, Pedro de: *Cartas de Relación*, Santiago, 1973.

³ *Ibíd.*

ción aparecía como totalmente fracasada; era sin duda cosa de locos iniciar la empresa con tan escaso número de españoles. Valdivia no se desanimó y prefirió esperar pacientemente la llegada de refuerzos. Su perseverancia fue pronto premiada pues grupos de personas comenzaron a unírsele. Así Rodrigo de Araya llegó desde Tarija con 16 hombres. Setenta individuos, restos de la recién abortada expedición de Diego de Rojas a los Chunchos, al mando de Francisco de Villagra se le reunieron enseguida. Venían allí capitanes de gran valer como el propio Villagra, Jerónimo de Alderete, Juan Jufre, Juan de Cuevas y el clérigo Rodrigo González Marmolejo. Con ese contingente, el visionario Valdivia reunía 110 hombres, por lo que ahora la conquista de Chile comenzaba a ser realidad.

De Tarapacá la columna puso marcha al Sur y llegó hasta la región de Atacama, en donde le esperaba Francisco de Aguirre con un contingente de 25 soldados, lo que hacía subir el número de españoles a 136.

Después de permanecer en la región dos meses, la hueste puso rumbo a Copiapó. El viaje desde Atacama a Copiapó, fue duro, pues a las crudezas propias del desierto debía unírsele la falta de víveres y de agua y, por cierto, la hostilidad de numerosas partidas de indios que resistían al paso de los guerreros. Llegados a Copiapó, recibió Valdivia un nuevo refuerzo de cerca de 20 personas, entre las que se contaban Gonzalo de los Ríos y Alonso de Chinchilla. En ese valle, tomó el capitán posesión del territorio a nombre de Su Majestad y del Marqués Piza-

rro, bautizándolo como Nueva Extremadura, en recuerdo de su región solariega. Jerónimo de Bibar, cronista de la expedición, cuenta el hecho diciendo "armado el General de todas sus armas y su adarga embragada en el brazo siniestro y la espada en su mano derecha y alta, cortando ramas y levantando ciertas piedras, moviéndose de una parte a otra, diciendo en alta voz que emprendía y emprendió, y tomaba y tomó posesión en aquel valle de Copiapó en nombre de Su Majestad, ansi de aquel valle e indios de él como de toda la Gobernación que de allí en adelante tenía..."⁴

La aventura de la conquista se iniciaba con sólo 150 soldados y más de 1.000 indios auxiliares. Debía, dentro de poco, emprenderse la dura labor de sometimiento de la región más austral del mundo. Largo y agotador debía ser en definitiva el camino que aguardaba a los esforzados españoles. La faena, con altos y bajos, sólo terminaría cuatro siglos más tarde.

Los primeros años

En diciembre de 1540, Valdivia se encontraba a la vista del valle del Mapocho, lugar del que sin duda tenía referencias y en donde él pensaba fundar la primera ciudad. La elección del sitio obedeció con toda seguridad a la naturaleza del suelo, sano y fértil, regado por diversas acequias que salían del Ma-

⁴ Bibar, Jerónimo. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, Santiago, 1966.

pocho, como son las de Apoquindo, Tobalaba y Nuñoa; lo que le permitiría criar animales y obtener buenas cosechas. Otro de los méritos que tenía el valle elegido era sin duda la situación estratégica favorable que **presentaba el cerro Huelén** y los dos brazos del río que lo encerraban, desde allí se podría observar los movimientos de los indios del valle y se podría presentar resistencia en forma a un eventual ataque.

El 12 de febrero de 1541 decretó Pedro de Valdivia la fundación de la ciudad. El acta —rehecha por Juan de Cardeña— se guarda en el Libro Becerro de la ciudad de Santiago y dice así: “A doce días del mes de febrero del año mil e quinientos e cuarenta e un año, fundó esta ciudad en nombre de Dios y de su bendita Madre y del apóstol Santiago, el muy magnífico señor Pedro de Valdivia, Teniente de Gobernador y Capitán General, por el muy ilustre señor don Francisco Pizarro, Gobernador y Capitán General de las provincias del Perú por Su Majestad y púsole nombre la ciudad de Santiago de Nuevo Extremo y a estas provincias y a sus comarcas y aquella tierra de que Su Majestad fuese servido que sea una Gobernación, la provincia de la Nueva Extremadura”.⁵

En seguida, ordenó al recién nombrado Alarife Pedro de Gamboa que delineara la nueva ciudad, quien lo hizo siguiendo los dictados de las

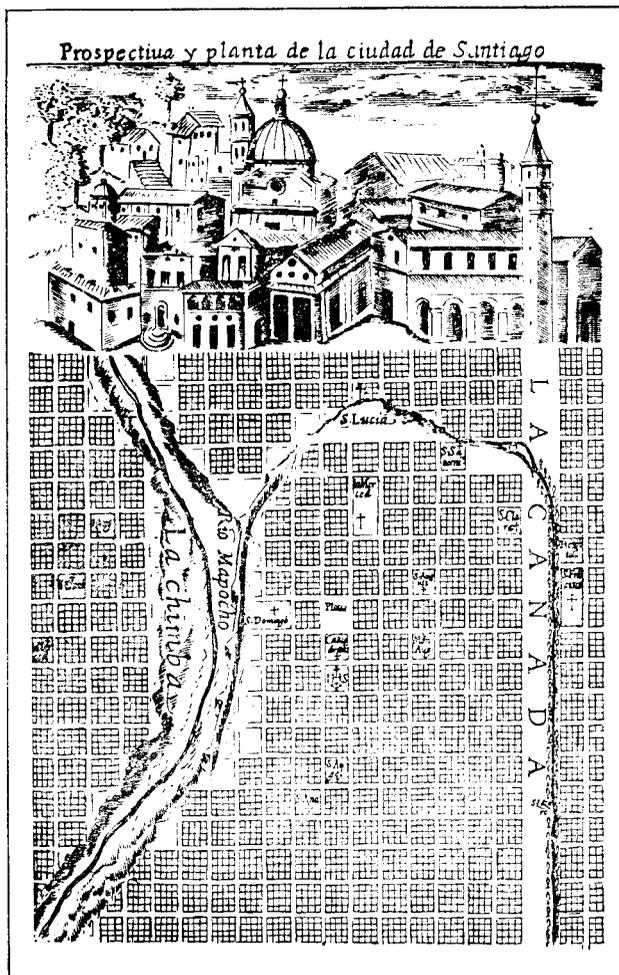
ordenanzas reales, es decir siguiendo el cuadro de damero. Dividió el terreno en manzanas y al centro reservó un espacio para la plaza de armas, donde se instaló la picota, símbolo de la justicia. Cada manzana se dividió en cuatro solares, los que fueron asignados a los distintos vecinos en orden a su importancia, de modo que el más meritorio habitaba más cerca de la plaza. Enseguida, los vecinos comenzaron a levantar sus viviendas, las que no pasaron de ser ranchos de paja y totora; madera, barro y paja.

Dos meses más tarde, la ciudad adquirió un nuevo rango, Valdivia procedió el 7 de marzo a nombrar un cabildo “para que los alcaldes administren justicia en nombre de Su Majestad, como es uso y costumbre, y los regidores proveyesen en lo tocante al rejimiento de ello y el mayordomo y procurador procurasen el peso e utilidad de ella”.⁶ El primer cabildo que hubo en Chile estuvo formado por dos alcaldes: Francisco de Aguirre y Juan Dávalos Jufre; seis regidores: Juan Fernández de Alderete, Juan Bohon, Francisco de Villagra, don Martín de Solier, Gaspar de Villarroel y Jerónimo de Alderete. Mayordomo fue Antonio Zapata y Procurador, Antonio de Pastrana. Quedaba con ello constituida la más importante institución colonial, que estaría llamada, en los momentos más difíciles, a alzar su voz en pro del país.

Durante los primeros días del mes de mayo de 1541, se hizo circular profusamente entre los indios, la noticia de que Diego de Almagro, el

⁵ **Actas del Cabildo de Santiago.** En Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional.

⁶ *Ibíd.*



mozo, había dado muerte al Marqués Francisco Pizarro; y los españoles de Chile, creyendo las noticias, pensaron que la guerra civil había estallado de nuevo en el vecino país.

Solos y en cierto modo abandonados en estas lejanas tierras, los espíritus de los conquistadores se inquietaron, pues comprendieron que los auxilios para proseguir la conquista nunca llegarían y que viniendo los poderes de Valdivia directamente de Pizarro, el eventual triunfo de la facción almagrista hacía pensar que dichos poderes le serían retirados y que el jefe conquistador podría ser cambiado, y si esto era así, ¿qué pasaría con los repartos de indios y tierras que Valdivia había hecho? Lo más probable era que se repartieran de nuevo. Por ello fue ganando lentamente terreno entre ellos, la idea de nombrar a Pedro de Valdivia como Gobernador de Nueva Extremadura en propiedad, a nombre de Su Majestad el Rey.

Reunido el Cabildo acordó, vistos los rumores insistentes, que el Procurador de la ciudad hiciere un pedimento mediante el cual solicitase al Cabildo que eligiese "al dicho señor Teniente (Pedro de Valdivia) por Gobernador y Capitán General en nombre de Su Majestad e así quedó acordado". Veinte días después, Antonio de Pastrana hizo la presentación solicitada afirmando que "el Cabildo tiene la voz y el poder de Su Majestad y que sus miembros pueden por

La ciudad de Santiago obedeció en su planta al trazado cuadrícula, al igual que casi todas las ciudades de América.

ello hacer nombramiento y elección de persona que sea cual convenga a su real servicio para que nos gobierne y mantenga en justicia".⁷ Los alcaldes y regidores aprobaron el petitorio y se encaminaron hasta la casa de Valdivia a notificarlo de su elección. El Capitán, que al parecer estaba en el secreto del acuerdo, no quiso contestar de inmediato y sólo lo hizo diez días después rehusando el cargo; pero dejando sentado en el libelo que la corporación tenía derecho a nominar Gobernador si el cargo estaba vacante. Dos días más tarde, Pastrana insistía ante el Cabildo en el nombramiento de Valdivia para Gobernador, pero éste una vez más declinó el cargo.

Vista la negativa de Valdivia, el Cabildo decidió convocar al pueblo a un Cabildo Abierto; allí Pastrana reiteró sus planteamientos y el vecindario aclamó el nombre de Valdivia, quien parecía dispuesto a rehusar nuevamente, pero el pueblo, antes de que él hablara, lo levantó en andas proclamándolo y llamándolo Gobernador electo. Valdivia se desprendió de los brazos que le sujetaban y se retiró a su casa, dando a conocer su malestar. Al conocer el pueblo la actitud asumida por el Teniente de Gobernador, se mencionaron otros nombres, diciendo que si Valdivia no aceptaba, se eligiese a otro en su reemplazo. Llegada la noticia a oídos del capitán extremeño éste volvió a la reunión y acató la unanimidad de pareceres, aunque hizo notar que aceptaba el cargo contra su voluntad y por mejor cumplir con su Rey y señor.

⁷ *Ibíd.*

El primer levantamiento

La necesidad de mantener la conquista, atrayendo gentes y pertrechos de guerra desde el Perú, hicieron pensar a Valdivia, desde el comienzo, que era necesario extraer oro de la tierra y sus esfuerzos se encaminaron a ese fin. Distribuyó sus fuerzas por Cachapoal y Aconcagua, y en este último lugar sostuvo reñida batalla contra Michimalonco, jefe de los indígenas del lugar y lo capturó. Por él supo de la existencia de los lavaderos de oro que en Marga-Marga habían, "junto al río grande de Chile y Quillota". Los trabajos de extracción del preciado mineral se comenzaron enseguida. Puso allí Valdivia a quince españoles y a más de seiscientos indios a las órdenes de Gonzalo de los Ríos. Paralelamente a los trabajos de extracción, Valdivia ordenó construir en las playas de Con-Cón, un barco. Meses más tarde, los trabajos debieron ser suspendidos, pues los indios al mando de los caciques Tanjalonco y Chaigaimanga cayeron sobre ambas obras y mataron a los españoles, quemaron el barco y sólo se salvaron, huyendo a mata caballos, Gonzalo de los Ríos y el negro Juan Valiente, los que llegaron en un día a Santiago. Todo el trabajo se había perdido, había pues que comenzar de nuevo.

La rebelión indígena que se había iniciado en Con-Cón y Marga-Marga, cundió rápidamente. Valdivia, sagaz soldado, se dio cuenta de que pronto sería atacado por la totalidad de los indios de Aconcagua, Mapocho y Cachapoal y creyó conveniente dispersar las concentraciones de

los naturales antes de que éstas se hicieran una sola. Con ese propósito, marchó a Cachapoal con cerca de cien soldados. En Santiago, sólo quedaron treinta y dos jinetes y dieciocho arcabuceros a las órdenes de Alonso de Monroy. Al darse cuenta los indios, comandados por Michimalonco, de la escasa guarnición que tenía la ciudad, cayeron sobre ella el 11 de septiembre de 1542.

A las cuatro de la madrugada comenzó el asedio. Los indios en gran número atacaron la ciudad disparando nubes de flechas y piedras, uno a uno cayeron heridos los defensores de la ciudad, vencidos por las armas de los naturales, la fatiga y el sol. Los indios, a fin de vencer la tenaz resistencia de los españoles, prendieron fuego a los ranchos de madera y paja que servían de vivienda, los defensores debieron replegarse a la plaza. El objetivo de los indios era liberar a los caciques que Pedro de Valdivia mantenía presos y dándose cuenta de ello, Inés de Suárez, única mujer española que había en la hueste, corrió al lugar que servía de cárcel, y espada en mano les cortó las cabezas y las arrojó a los indios, eliminando con ello el objeto del ataque de los indios. Para poner fin a tan denodado ataque, Alonso de Monroy hizo montar a los españoles y atacando puso en fuga a los indios. El saldo no fue, sin embargo, favorable a los españoles, que dejaban en el campo cuatro muertos y muchos bastante malheridos.

La ciudad, por otra parte, se hallaba completamente en ruinas: "se había quemado la comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos,

que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuesta teníamos y dos porquezuelas y un cochinillo y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas de trigo", según lo describe el propio Valdivia en carta dirigida al Emperador.⁸

Mas, el espíritu de los conquistadores no se amilanó, se juntó todo el oro que existía y se envió al Perú en busca de refuerzos a Alonso de Monroy y cinco españoles. Iban éstos con sillas ricas y herraduras de oro en los caballos, a fin de poder impresionar a los que en Perú los vieran.

La pavorosa realidad hubo, sin embargo, de ser enfrentada con suma rapidez. Duras penalidades debieron afrontar todos y cada uno. "Todos cavábamos, arábamos y sembrábamos, estando siempre armados y los caballos ensillados de día; y una noche hacía cuerpo de guardia la mitad y por sus cuartas velaban y lo mismo la otra; y hechas las sementeras, los unos atendían a la guardia dellas y de la ciudad de la manera dicha, y yo con la otra andaba a la continua ocho y diez leguas a la redonda della, deshaciendo las juntas de indios do sabían que estaban, que de todas partes nos tenían cercados..."⁹ señala el propio Valdivia en su primera carta al monarca español. Pero como todo buen afán tiene siempre recompensa, el mismo Valdivia señala que las dos almuerzas rindieron doce fanegas y que los cochinillos se reprodujeron bastante, lo que al menos les per-

⁸ Valdivia, Pedro de: op. cit.

⁹ Ibíd.

mitió a los castellanos sobrevivir en medio de las penurias del momento.

Entretanto, la embajada de Monroy que buscaba refuerzos en el Perú, después de múltiples contratiempos, había logrado llegar al Cuzco; después de varias dilaciones lograron que se despacharan a Santiago armas, mercancías y hombres, ya que nadie quería ayudar, pues la situación en el Perú era bastante incierta. Finalmente, el comerciante Lucas Martínez Vega despachó por su cuenta un barco, el Santiaguillo, que al mando de Diego García de Villalón conducía los útiles necesarios para el socorro.

La llegada del barco a Valparaíso en septiembre de 1543, fue celebrada por los españoles con una alegría indescriptible. Gregorio Castañeda, testigo de los hechos, dice que "lloraban con ellos de gozo". Meses después Alonso de Monroy y 70 hombres llegaban a Santiago. Con ellos volvían las esperanzas a la sufrida hueste de Valdivia.

El reconocimiento del territorio

Con el auxilio de hombres, armas y pertrechos que le aportaron los refuerzos de Alonso de Monroy y Diego García de Villalón, Valdivia inició el reconocimiento del territorio. Francisco de Aguirre marchó hasta el río Maule, donde permaneció algún tiempo sometiendo a los indígenas, y Juan Bohon fue despachado al Norte a fundar una ciudad en el valle de Copiapó, a fin de establecer un punto in-

termedio entre Santiago y Cuzco, La Serena, que así se llamó la nueva ciudad erigida en 1544.

Ese mismo año había arribado a Valparaíso el navío San Pedro, al mando del marino genovés Juan Bautista Pastene, que por su pericia náutica fue nombrado Teniente de Capitán General en la mar. A poco de su llegada, Valdivia le comisionó el reconocimiento de la costa de Chile intentando llegar al Estrecho de Magallanes.

Junto a Jerónimo de Alderete, Pastene alcanzó hasta los grados 41, y tomó posesión de esos territorios a nombre de Pedro de Valdivia. Juan de Cardeña, escribano de gobierno y secretario particular del Gobernador relata la toma de posesión del modo siguiente: "Y en llegado a tierra estaban cerca del agua hasta doce indios e indias, algunos de ellos con unas tiraderas en las manos hablando soberbiamente, lo que no les entendimos; y mostrándoles alguna chaquira, y haciéndoles señas nos dejaron llegar a ellos. Llegados, tomamos dos indios y dos indias, y teniéndoles cuatro soldados por las manos, tomó posesión Jerónimo de Alderete de la tierra de aquellos indios, en nombre del Rey y de su Gobernador. Armado de todas sus armas, con una daga en el brazo izquierdo teniendo su espada desnuda en la mano derecha, dijo que tomaba e tomó, aprendía e aprendió posesión en aquellos indios e indias y en el cacique dellas por el Emperador don Carlos, Rey de las Españas y en su nombre por el Gobernador Pedro de Valdivia, cuyo vasallo y súbdito era el

dicho Gobernador y todos los que allí estábamos, y en presencia de todos, dijo el dicho Jerónimo de Alderete lo siguiente: Escribano que presente estáis dame por testimonio en manera que haga fe ante Su Majestad, y los señores de su muy alto consejo y chancillerías de las Indias, como por Su Majestad, y en su nombre por el Gobernador Pedro de Valdivia tomo y aprehendo, la tenencia, y posesión, y propiedad destes indios, y en toda esta tierra y provincia, y en las demás sus comarcas y si hay alguna persona o personas que lo contradigan, parezcan delante que yo se la defenderé, en nombre de Su Majestad y del dicho Gobernador, y sobre ello perderé la vida, y de como lo hago puedo y requiero a vos el presente escribano, que me deis por fe y testimonio, signado en manera que haya fe, y a los presentes ruego me sean dello testigo. Y en señal de la dicha posesión dijo las palabras ya dichas tres veces en voz alta e inteligible que todos las vimos, y cortó con su espada muchas ramas de unos árboles, y arrancó por su mano muchas yerbas, cavó en la tierra, y bebió en el agua del río Lepileubo, y cortando dos palos grandes, hicimos una cruz y pusímosla encima de un árbol, y atámosla en él, y en el pie todos juntamente nos hincamos de rodillas y dimos gracias a Dios. Testigos que fueron: el capitán Juan Bautista de Pastene, Rodrigo de Quiroga, Diego de Oro, Antonio Tarabajano, Juanes de Mortedo, Juan de Elías, el capitán Pero Esteban, Antonio Venero".¹⁰

Pastene reconoció en ese viaje el puerto de Corral y navegó por el río Valdivia, así como

también la desembocadura del río Bío-Bío. Volvió al Norte en el mes de septiembre y dio cuenta de lo hecho.

El propio Valdivia expedicionó en seguida hasta el río Bío-Bío, en su idea de avanzar al Sur y allí sostuvo su primer encuentro con los indios araucanos, que le presentaron notable resistencia y le causaron algunas bajas. El Gobernador hubo de abandonar el territorio al amparo de la noche, dada la gran concentración de guerreros que se aprontaban a cerrarle el paso.

Se abría sin querer, el interminable capítulo de la guerra de Arauco, que tanta sangre costaría a los españoles.

El reparto de la tierra

Una de las primeras medidas que Valdivia tomó a favor de sus compañeros fue entregarles varios indios en encomienda. Esta institución, que fue el pilar de la economía americana de los primeros tiempos, aparece junto con la llegada del español a estas tierras. Las primeras concesiones que se conocen datan de la época de Cristóbal Colón en las Antillas y debieron ser reguladas después de largos debates teológicos y jurídicos. En México adoptó la forma más conocida de encomienda de tributos, después de los dictámenes del Visitador Fuenleal que, basándose en que los indios eran súbditos de la Corona y que como tales debían pa-

¹⁰ Medina, José Toribio: Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile.

gar tributos al monarca, éste como dueño de ellos podía transferirlos a la persona de un capitán español. Sin embargo, la mayoría de las veces la encomienda, dada la pobreza de los aborígenes que no podían pagar el tributo en dinero, cayó en el servicio personal, es decir los indios pagaban al encomendero con su trabajo.

Valdivia repartió entre 60 españoles los indios del Chile conocido hasta entonces, es decir de Atacama a Maule, y dióles a cada uno según su propia declaración, indios que muchas veces no habían llegado a nacer. Esta situación fue prontamente modificada y en 1547 las encomiendas fueron reducidas a 32.

Fue el Cabildo de Santiago, a través de una petición que le hizo el Procurador de la ciudad Bartolomé Flores, el que pidió a Valdivia reducir las encomiendas porque con el número de indios que cada encomienda tenía, no se podía "sustentar armas y caballos y sus casas honradamente". Valdivia, accediendo a lo pedido, redujo las encomiendas al número que antes señalamos y los que se las adjudicaron fueron casi sin excepción los más meritorios de los soldados que acompañaron a Valdivia. Con todo, quedaban varios despojados de la única fuente de riquezas que existía en el país y obviamente éstos fueron desde ese momento enemigos declarados del Gobernador.

La primera encomienda chilena fue una encomienda de servicio personal, lo que permitió a los españoles tener mano de obra barata para el laboreo de las minas y el trabajo agrícola. El

trabajo de los naturales fue regulado por Ordenanzas que Valdivia y el Cabildo dictaron. En ellas se protegía el trabajo de los menores y de los viejos y se permitía a los indios descansar los días de fiesta y domingos.

El encomendero usó a los indios en todos los tipos de trabajos que surgieron en las Indias, laboreo de minas, faenas agrícolas, cría de ganados, fábricas incipientes, etc., sin abonarles salario alguno por ello, pudiendo si era necesario trasladarlos desde sus pueblos a los lugares de trabajo, con lo que provocó tempranamente un desarraigo de los naturales de su tierra.

Pero si la encomienda tenía claros beneficios para el encomendero, también le imponía deberes, como los de instruir religiosamente a los naturales y cuidar de sus personas; debía velar por los caminos y por la comarca en donde se situaba su encomienda y, por último, debía acudir con armas y caballos a la defensa del reino, cada vez que éste se sintiera amenazado por enemigos internos y externos.

La mejor manera de conocer la realidad de esos derechos y deberes es transcribiendo un título de encomienda.

Rodrigo de Quiroga, Gobernador y Capitán General de estas provincias de Chile, Nueva Extremadura hasta el Estrecho de Magallanes por Su Majestad, etc. Por cuanto vos el Licenciado Julián Gutiérrez Altamirano soy informado ha que vinistes de los reinos de España a servir a Su Majestad a estas partes de Indias, veinte e tres años ha y que fuistes Maestro de Campo del Visorrey Blasco Núñez Vela al reino de Tierra Firme contra la opinión de Gonzalo Pizarro y después pasasteis a los reinos del Piru a servir a Su Majestad, con el Licenciado Pedro Gasca

contra el dicho Pizarro e hasta que fue desbaratado, preso y muerto seguistes el estandarte real dejados los dichos reinos en quietud y paz, por mas servir venisteis a esta gobernacion mas ha de quince años y os habeis hallados en ella al descubrimiento, población y conquista. . . por tanto, por lo dicho e por otras muchas causas que dego de aquí expresar, que me son justas e notorias que en vuestro favor hacen en para en parte de remuneración de vuestros muchos servicios, trabajos y gastos, por la presente en nombre de Su Majestad encomiendo en vos el dicho Licenciado Julián Altamirano el levo llamado Millapoa, con el cacique nombrado Reuqueande e con los demás caciques indios principales e sujetos del dicho levo y de su parcialidad y bebedero y los principales llamados Quilacoya y Taroande con todos sus indios principales e sujetos, que los unos y otros tienen su tierra y asiento en términos de la ciudad de la Concepción, de la una parte y de la otra del río de Bío-Bío y cerca del, la cual dicha encomienda hago en vos el dicho Licenciado Altamirano como dicho es, por dejación que para el dicho efecto de los dichos vuestros indios hizo el Licenciado Hernando de Castro, vecino de la ciudad de la Concepción, en quien estaban en nombre de Su Majestad encomendados por el Gobernador Pedro de Villagra, mi antecesor, e como los tuvo e poseyó Francisco de Castañeda . . . para que os sirváis dellos conforme a los mandamientos y ordenanzas reales e conque seais obligado a tratarlos bien e procurar su conservación, aumento e multiplicación e doctrinarlos en las cosas de nuestra santa fe católica, ley natural e buena policia . . . Fecho en Cañete de la Frontera a tres de junio de mil y quinientos e sesenta y seis años. Rodrigo de Quiroga.¹¹

Junto con repartir los indios, Valdivia entregó esta vez en propiedad, la tierra. Repartió haciendas y estancias fuera de los términos inmediatos de la ciudad y chacras en los más cercanos. Dichas concesiones, que se conocen con el

término de mercedes de tierras, eran dádivas gratuitas que se otorgaban a un soldado de la conquista. Eran dadas a perpetuidad y podían heredarse de padres a hijos, también podían venderse. La extensión de ellas era grande, sin límites fijos y, por lo general, abarcaba todo un valle.

La tierra era entregada sin perjuicio de los indios, al menos en lo nominal, porque en la práctica si un pedazo de tierra era apetecido por un español, se trasladaba a los indios que allí habitaban y el asunto quedaba concluido.

En esas posesiones de tierra, los conquistadores criaron ganado y en ocasiones sembraron trigo y maíz. Allí se reprodujeron con rapidez el caballo y la res y se adaptaron las plantas europeas que llegaron a Chile como la manzana, los limones, las naranjas, los membrillos y los higos. Se explotó también el cáñamo, en Quillota, la caña de azúcar y naturalmente la vid, que logró producir mostos de muy buen talante.

La tierra, debemos decirlo, en un primer momento fue absolutamente descuidada y no tuvo mayor importancia en la economía del siglo de la Conquista. No existían vallados y la imprecisión de los límites no acarreó conflictos mayores. Los pastos y las aguas eran comunes a todos, y sólo eran respetados los lugares que estaban sembrados o los que cercados servían para encerrar ganados. Con posterioridad, veremos que la tierra empieza a adquirir importancia, sobre todo en el siglo xvii y xviii, con la explotación intensa del trigo.

¹¹ Ibíd.

Valdivia en el Perú

Las noticias desde el Perú tardaban en llegar y la mayoría de las veces eran traídas por rumores que los indios esparcían. Por ellos Valdivia se enteró de que en el Perú, una nueva guerra civil se había declarado; Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués, se había levantado en armas contra el Virrey Blasco Núñez de Vela y lo había derrotado. El monarca y la Audiencia desconocieron el gobierno del menor de los Pizarro y nombraron al Licenciado Pedro de La Gasca su representante. Valdivia, convencido de que mientras el desorden cundiera en el vecino Perú, los refuerzos que necesitaba para ampliar la conquista de Chile nunca llegarían, decidió embarcarse rumbo al Perú y ponerse bajo las banderas de Su Majestad representadas por La Gasca. Reunió dineros, de entre los vecinos, dejó al mando de la Gobernación de Chile a Francisco de Villagra y zarpó desde Valparaíso con algunos de sus mejores capitanes.

Llegados al Perú en enero de 1548, se puso de inmediato en contacto con La Gasca, quien lo recibió con una gran alegría, dado el prestigio militar que tenía Valdivia, y fue nombrado por éste Maestre de Campo, asociándolo de inmediato a su consejo. En la batalla de Saxahuaman, las fuerzas de La Gasca, capitaneadas por Valdivia, se enfrentaron y vencieron a las pizarristas que mandaba el demonio de los Andes, apodo con que era conocido Francisco de Carvajal. Se dice que éste al ver la disposición de las

fuerzas del Rey exclamó "Valdivia está en la tierra y rige el campo o el diablo".

Después del triunfo, su gran servicio fue reconocido por el Licenciado La Gasca, quien lo confirmó en la Gobernación de Chile y le autorizó a sacar del Perú, hombres, pertrechos, armas y animales que necesitara para proseguir su conquista. Es de notar que al nombrarlo Gobernador y Capitán General de la Nueva Extremadura, La Gasca le fijó a Valdivia por primera vez los límites de su Gobernación, la que iba "desde Copiapó, que está en 27 grados de altura de la línea equinoccial a la parte del Sur, hasta 41 de la dicha parte, procediendo norte sur derecho por meridiano, e de ancho entrando en la mar a la tierra hueste leste cien leguas".¹² Valdivia, cumplido su propósito, equipó dos barcos y enganchó cerca de trescientos hombres, muchos de los cuales lo acompañaron por tierra.

En Arica, sin embargo, fue detenido y ordenado volver por La Gasca. Los enemigos del Gobernador consiguieron que se le sometiese a un proceso, del que salió librado y limpio y cuya única condena fue la de tener que abandonar a su concubina, la heroica Inés de Suárez, a la que dio en matrimonio a su amigo y compañero, Rodrigo de Quiroga.

En abril de 1549, Valdivia se hallaba nuevamente en Chile y estaba dispuesto a proseguir sus suspendidos trabajos de expandir la Conquista.

¹² *Ibíd.*

La expansión de la Conquista

Instalado nuevamente en el país, Pedro de Valdivia tomó la determinación de avanzar resueltamente al Sur, y para ello, debiendo primero protegerse las espaldas, ordenó a Francisco de Aguirre refundara la destruida ciudad de La Serena en 1549 y él se encaminó con un grueso número de soldados hasta la región del Bío-Bío. En el paso del Laja, sostuvo una reñida batalla contra los naturales y a principios de 1550 llegó al lugar de su destino.

Una vez en el Bío-Bío, procedió, luego de algunas escaramuzas, a levantar un fuerte en el lugar de Penco y luego hizo fundar el 5 de octubre de 1550 la ciudad de La Concepción del Nuevo Extremo, no sin antes batirse contra una indiada que la mente imaginativa de Valdivia calculó en 8.000 indios y que describía así: "la gente más lucida e bien despuesta de indios que se ha visto en estas partes, e más bien armada de pescuezas de carnero e oveja y cueros de lobos marinos crudos, de infinitos colores que era en extremo cosa muy. . ." ¹³ La fácil victoria obtenida contra los araucanos, que a poco de empezar la lucha se batieron en retirada, fue atribuida por los supersticiosos españoles a la intervención de la divinidad, siendo la Virgen María la causante, según el propio Valdivia lo afirma, de la derrota de los indios.

¹³ Valdivia, Pedro de: op. cit.

Valdivia, junto con erigir la ciudad le dio Cabildo y clavó en la plaza mayor el árbol de la justicia. Repartió los indios en encomiendas, las que fueron reformadas en 1551.

Con la clara idea de avanzar siempre al Sur, Valdivia ordenó a Francisco de Villagra y él mismo lo hizo, recorrer la Araucanía; encontrando que en la confluencia del río Cautín con el de las Damas había lugar como para fundar ciudad, creó un fuerte a cuyo mando dejó a Pedro de Villagra y regresó a Concepción a buscar refuerzos. Llegados éstos en dos barcos desde el Perú, en octubre de 1551 regresó al fuerte y fundó la ciudad de La Imperial y dividió a los indios comarcanos entre setenta y cinco encomenderos.

Valdivia pensaba alcanzar con sus exploraciones hasta el Estrecho de Magallanes y a su paso ir fundando ciudades. El 12 de febrero de 1552 se crea la ciudad de Valdivia en el valle de la Mariquina y junto al lago Mallalauquén fundó, en abril de 1552, la Villa Rica Jerónimo de Alderete. En su afán de caminar al Sur y de encontrar el Estrecho, Pedro de Valdivia alcanza hasta el Seno de Reloncaví, que describe en carta al monarca de esta manera: "a causa de salir de la cordillera grande un río muy caudaloso de anchor de más de una milla"; ¹⁴ y luego prosigue: "e ansí me subí el río arriba derecha a la sierra y en ella hallé un lago de donde procede el río, que al parecer de todos los que allí iban conmigo tenía hasta cuarenta leguas de boje".

¹⁴ Ibíd.



Nuestra Señora de las Nieves.

Fin y muerte de Valdivia

La cantidad de poblaciones creadas por el Gobernador Pedro de Valdivia, lo obligaron a dispersar sus fuerzas, pues debía poner pobladores - soldados en cada una de las ciudades que había fundado y en los fuertes que servían de apoyo a esas fundaciones. Así, existían pobladores en La Serena, fuerte de Copiapó, fuerte de Quillota, Santiago, Concepción, fuerte de Arauco, fuerte de Tucapel, Imperial, Valdivia, Villarrica y en las ciudades que al otro lado de la cordillera se habían creado. Todo ello lo debilitaba militarmente. Además, creyendo que la Conquista estaba virtualmente asentada, Valdivia resolvió organizar en el Sur la explotación de los lavaderos de oro que surgían a cada paso: Quillacoya, en Concepción, los de Villarrica, La Imperial y Madre de Dios, en Valdivia. Para custodiar esos trabajos se desvió mano de obra militar, lo que al mismo tiempo hizo que el indio, que debía laborar las minas, fuese maltratado y presentase por ello fuertes resistencias a la dominación española. El brillo del oro, que en algún momento trabajaron hasta 20.000 indios, llegando a obtenerse hasta doscientas libras de oro en un sólo día, aumentó la codicia de los españoles y los tornó más duros en el trato con el aborigen.

Dándose cuenta los naturales del debilitamiento progresivo de los españoles, iniciaron los preparativos para una rebelión general, la que se inició en el fuerte de Tucapel, al cual sitiaron y asaltaron apoderándose de él luego que lo aban-

donara la escasa guarnición militar que lo resguardaba. Le prendieron fuego y celebraron entusiasmados su primer triunfo. Su próximo objetivo fue el fuerte de Purén, lugar en el que se presentaron divididos en cinco cuerpos en diciembre de 1553. Gómez de Almagro, defensor del fuerte, opuso tenaz resistencia, pero esta vez los araucanos atacaron ordenadamente y no como en los primeros tiempos cuando lo hacían en tropel; Gómez de Almagro logró apenas una victoria transitoria y la comunicó a Valdivia, quien le ordenó reunirsele en Tucapel a fines de diciembre.

Valdivia salió de Concepción rumbo a Tucapel con sólo cuarenta y dos hombres, llegó al fuerte de Arauco el 22 de diciembre y al día siguiente marchó al encuentro de Gómez de Almagro en Tucapel. Pernoctó en Lavolebo e hizo salir a una avanzada de cinco soldados, que no regresó. Negros presagios se cernían sobre el campo español, pero continuó avanzando. En la mañana del 25 de diciembre tuvo ante su vista las ruinas del fuerte de Tucapel aún humeantes, no se veían enemigos y tampoco aparecía Gómez de Almagro. De pronto, de entre los pajonales que bordeaban el río y de entre los árboles de los bosques vecinos, aparecieron los araucanos llenando el aire con sus gritos de guerra. Valdivia se preparó para el combate. Los

indios, formados en escuadras que se sucedieron una tras otra en el frente, produjeron el agotamiento de los españoles, que se retiraron momentáneamente. Una nueva carga a caballo —aunque inútil— hicieron los españoles. Lautaro, un ex paje de Valdivia que mandaba el campo aborigen, envió contra los cansados españoles a un grupo de reserva y la matanza comenzó. Uno a uno fueron cayendo. Valdivia y el clérigo Pozo, que iba con él, lograron adelantarse hasta una ciénaga donde sus caballos se empantanaron. Allí los tomaron cautivos y después de un consejo de guerra dieron muerte al Gobernador de Chile. Sobre el modo como murió Valdivia hay muchas versiones, unos dicen que en el lugar mismo, otros que fue hecho prisionero y juzgado, otros que duró algún tiempo en cautiverio. Lo único cierto que se sabe por relaciones que los indígenas hicieron al padre jesuita Diego de Rosales, es que su corazón fue dividido en pequeños trozos y devorado por los caciques, siguiendo con ello la tradición secular de los indios que creían que al comer del corazón de un valiente, se traspasaba a ellos el valor del que acababa de morir.

La noticia del desastre recorrió Chile entero. Los indios en rebelión recorrieron todos los lugares poblados por españoles y los atacaron y asaltaron. Lautaro se adueña del campo.



Lautaro, según ilustración de la crónica de Diego Ocaña, 1600. Viste coraza de cuero de vaca crudo y sostiene una macana en su mano.

EL GOBIERNO ACEFALO

Junto con el desastre militar vino el desastre institucional. Las ciudades del Sur se vieron acosadas por las hordas indígenas. Villagra, jefe militar de los españoles, se retiró a Concepción y fue batido en Marigüeño. La plaza de Concepción debió ser abandonada y sus vecinos emigraron a Santiago. La situación en el resto de la ciudades era insostenible: Villarrica, Imperial y Valdivia resistieron el acoso con un valor y un esfuerzo poco común.

Los cabildos de las ciudades del Sur habían nombrado Gobernador interino de Chile a Francisco de Villagra, pero Santiago rehusó ese nombramiento y elevó al primer lugar a Rodrigo de Quiroga. A ello hay que agregar que el caudillo de La Serena, Francisco de Aguirre, hizo saber sus pretensiones al gobierno, y pensó en más de una ocasión tomárselo por la fuerza. Villagra, a fuerza de argucia, se hizo del poder y logró imponer la paz.

Entretanto, Lautaro avanza al Norte y amenaza Santiago. Villagra y Juan Jufre logran en Peteroa detenerlo y darle muerte; los naturales retrocedieron. El peligro momentáneamente pasaba.

Las noticias de la muerte de Valdivia llegaron hasta la Corte española, donde Jerónimo de Alderete —enviado de Valdivia— tramitaba ante

el monarca la extensión de la Gobernación hasta el Estrecho de Magallanes. Al conocerse la muerte de Valdivia, Alderete tomó el camino de Inglaterra, lugar dónde se encontraba Felipe II celebrando esponsales con Isabel Tudor, a solicitar un reemplazante para Valdivia en la Gobernación de Chile. En 1555, la Corona extendió un nombramiento a favor de Jerónimo de Alderete y en él le confirma los límites pedidos, es decir el confín sur es el Estrecho. Además le encarga el reconocimiento de las tierras que quedaren al sur de esa demarcación. Alderete se embarcó con mujer y criados rumbo a Chile, el 15 de octubre de 1555, acompañado de 200 hombres entre los cuales están Alonso de Ercilla, el poeta inmortal. La muerte, sin embargo, le sorprende en Panamá. La Gobernación queda nuevamente vacante.

Entre tanto, la Audiencia del Perú había tomado carta en el asunto de la sucesión en Chile y había ordenado a los Cabildos de las ciudades chilenas, autogobernarse; pero el Virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, decidió nombrar para el Gobierno de Chile a su hijo, don García Hurtado de Mendoza, mozo de escasos veintiún años a quien rodeó, para un mejor cometido, de un brillante número de consejeros.

DON GARCIA, GOBERNADOR DE CHILE

El nuevo Gobernador pertenecía a la más antigua nobleza castellana. Militar de profesión, a los diecisiete años peleó en Córcega y estuvo después en el sitio de Siena. Pasó a las Indias en compañía de su padre que venía nombrado Virrey del Perú y el 9 de enero de 1557 era nombrado por él, Gobernador de Chile.

Una lucida y bien formada hueste acompañó al nuevo Capitán General. Más de quinientos caballos y no menos de cuatrocientos cincuenta soldados de infantería la formaban. Muchos de los grandes capitanes que lucirán sus atributos guerreros en Chile, estaban con él, Felipe de Mendoza, su hermano natural; Pedro del Castillo, Luis de Toledo, Juan Remón, Alonso de Ercilla, el Licenciado Hernando de Santillán, los eclesiásticos Gil González de San Nicolás y Juan Gallegos, que sostendrán arduas disputas a raíz de la guerra de Arauco, Francisco de Irrázaval, antiguo paje de Felipe II y el alemán Pedro de Lisperguer entre otros. Muchos de ellos formaron familia que perpetuó sus nombres y sus hazañas.

Una vez en Chile, don García dio término a la disputa que por el poder sostenían los viejos capitanes Aguirre y Villagra, los hizo apresar y meter en un navío anclado en Coquimbo para ser remitidos presos al Perú. De ese modo, los que no cabían en un reino tan extenso se vieron reducidos a dos tablas.

Don García traía como propósito fundamental el término de la ya dilatada guerra de Arauco y, por eso, desde La Serena, primera ciudad chilena que pisaba, se embarcó directamente al

teatro de la misma, sin pasar por Santiago, considerada en ese momento cabeza de la Gobernación. Hizo navegar su barco hasta Concepción, acompañado de ciento cincuenta soldados y llegó a la isla Quiriquina, donde tuvo un muy buen trato con los indios lugareños, a quienes llenó de regalos diversos como baratijas y géneros de vivos colores. Pasó luego al continente y comenzó la construcción de un fuerte, en las proximidades del antiguo y abandonado sitio de la Concepción. Una semana más tarde, tres grandes escuadrones de indios avanzaron sobre la recién creada fortaleza y la sitiaron, y cuando el combate se inclinaba en favor de los naturales, el refuerzo que de las naves les llegó a los españoles logró contener la arremetida aborigen. La angustiada situación en que se encontraba don García se prolongó por varios días y sólo la oportuna llegada de un refuerzo de ciento veinte españoles, que desde Santiago conducía Juan Remón, logró salvarlos. Casi un mes después, un refuerzo más numeroso capitaneado por Luis de Toledo llegaba a Concepción. Con esas tropas, don García reunió un ejército compuesto por seiscientos españoles, cuatro mil indios auxiliares y mil caballos, con los cuales se dispuso a iniciar sus actividades guerreras.

Navegación al Estrecho

Antes de iniciar la aventura de las armas, el nuevo Gobernador dispuso que una expedición marítima fuese a reconocer las costas hasta el Estrecho de Magallanes, que era

el límite fijado a su Gobernación. La tarea fue encomendada al navegante Juan Ladrillero, hombre de más de sesenta años de edad que tenía gran reputación como cosmógrafo y astrólogo. Zarpó Ladrillero desde el puerto de Valdivia en noviembre de 1557 con dos barcos, el San Luis y el San Sebastián, este último al mando de su compañero el marino Francisco Cortés Ojea.

Ambos barcos iniciaron juntos la navegación al Estrecho, pero a poco andar, en diciembre de ese año, un fuerte temporal separó las naves. El San Sebastián tocó puerto en la isla de Hanover, al sur del grado 51 y desde allí, navegando entre hielos y tempestades, sufriendo las más duras penalidades, logró llegar hasta el grado 52 y medio; y al ver que el ansiado Estrecho no aparecía por ninguna parte resolvió volverse a Valdivia. El viaje de regreso tampoco fue feliz, la nave averiada hacía agua por todos lados y apenas se mantenía a flote, la carne, el agua y la galleta escaseaban a bordo. Los exploradores se mantuvieron navegando a la deriva durante muchos días, empujados a veces por los vientos, otras veces a fuerza de remos, hasta que diez y medio meses después, el 1º de octubre de 1558, regresaban al puerto de Valdivia.

Entre tanto, Ladrillero a bordo del San Luis, con mejor suerte y tal vez mayor habilidad, lograba reconocer el Estrecho y aún navegó por diversos puertos y caletas y nombró a uno de ellos como el de Nuestra Señora de los Remedios. Recorrió de oriente a occidente el Estrecho, salió a su boca Atlántica y tomó posesión de las tierras en nombre del Rey y de don Gar-



García Hurtado de Mendoza. Grabado realizado de acuerdo a un óleo de la galería de los virreyes del Perú, Lima.

cía Hurtado, en un cabo al que llamó de la Posesión. Por el diario que dejó este navegante sabemos exactamente los puntos que recorrió y reconoció en la austral posesión chilena. El regreso lo emprendió luego de haber reparado las averías del barco y llegó a Valdivia el 10 de enero de 1559, no sin haber sufrido bastante.

Los trabajos de don García

Una vez reunido el grueso del ejército en Concepción, don García Hurtado decidió iniciar su expedición bélica contra los indios araucanos. Cruzó el Bío - Bío y buscó el enfrentamiento con ellos, cerca de Lota actual; envió a Alonso de Reinoso a reconocer el camino y éste quedó prisionero de los numerosos indios que le presentaron combate. A su auxilio acudió Juan Remón con 30 soldados y también quedaron envueltos por los indios, sin poder llegar hasta el Gobernador a darle aviso. Don García, enterado del peligro de los cincuenta hombres que combatían y viendo el temor que parecían sentir sus oficiales limeños, mandó a Rodrigo de Quiroga, el viejo militar, con cien hombres a liberarlos. La valentía, la experiencia y la capacidad militar de éste, transformó la derrota en victoria, y en Lagunillas fueron batidos los rebeldes araucanos. Después de la batalla, las huestes españolas siguieron camino a Arauco y llegaron al lugar de Millarapue donde, luego de un reconocimiento, se aprestaron a levantar el campo. Los indios, que preparaban un nuevo en-

cuentro, caminaron toda la noche y cayeron sobre ellos allí. La batalla larga y cruenta duró casi todo el día con un saldo favorable a los españoles.

Los dos triunfos que recién había obtenido el nuevo Gobernador levantaron los ánimos de los españoles. Los cautivos que hizo don García fueron, según se dice, cruelmente castigados para escarmiento de los otros; se les mutiló las manos, se les cortó las narices y muchos fueron ahorcados de los grandes árboles del lugar. Entre los cautivos, existe uno que sobresalió por su valor: Galvarino que, tomado preso en Lagunillas, se le cortaron los brazos sin que de su boca saliese ninguna queja, después pidió a sus verdugos le diesen muerte por considerarse inútil y negándose éstos se fue a su campo; vuelto a tomar preso en Millarapue, lugar en donde al frente de los suyos los exhortaba y azuzaba a grandes voces, mostrando sus mutilados miembros, fue condenado y personalmente pidió ser colgado del árbol más alto de Arauco, a fin de que su pueblo conociera cómo había muerto combatiendo. Noble ejemplo de entereza guerrera que simboliza la entrega que los araucanos dieron a su causa y que tan gloriosamente canta la inmortal Araucana, de Alonso de Ercilla.

Después de ambas batallas, don García volvió a Concepción y se dio a la tarea de repoblarla, la cual fue refundada el 6 de enero de 1558 con ciento cincuenta vecinos venidos desde Santiago. Sin embargo, en el reparto de las encomiendas, el nuevo Gobernador favoreció notoriamente a los que con él habían venido

desde el Perú, lo que naturalmente ocasionó gran malestar entre los antiguos pobladores que fueron despojados. Hurtado de Mendoza, tratando de llegar hasta el Estrecho, avanzó al Sur y fue fundando ciudades. Así surgió Cañete el 21 de enero de 1558, en memoria del título de su padre y dos meses después Osorno, en recuerdo del título condal de su familia. En ambos asentamientos repartió encomiendas y designó Cabildo, cosa ya acostumbrada en cada fundación que los españoles hacían en América. Llegó en sus excursiones hacia el Sur hasta el Seno de Reloncaví, después de una penosa marcha.

Pero de toda la obra de don García, la más importante fue, sin duda alguna, la dictación de una ordenanza de trabajo que reguló el sistema de encomiendas indígenas. Conocida como la Tasa de Santillán, por haber sido dictada por el Licenciado Hernando de Santillán, ella dispuso la transformación de la encomienda de trabajo en una encomienda de tributo, es decir, los indios ahora podían pagar sus tributos con traba-

jo, el que sería remunerado con la sexta parte de lo que obtuvieren. Nació así el sesmo de oro, el que paulatinamente fue dando a los naturales una riqueza casi desconocida antes de entonces, pero que la rapiña y los malos manejos de las autoridades dejaron en nada, pues comenzaron por prestar los dineros de las cajas indígenas y éstos nunca fueron devueltos a sus dueños.

Es interesante señalar que durante este Gobierno fue concebida la obra literaria más grande del período de la Conquista que, destinada a cantar la grandeza de los españoles, terminó por convertirse en un poema del pueblo araucano. Es ésta La Araucana, de Alonso de Ercilla, que con el paso de los siglos es reputada como una de las mejores composiciones épicas de la lengua castellana.

Dos años llevaba en el gobierno don García, cuando Felipe II decidió reemplazarlo. El monarca había cursado el 20 de diciembre de 1558 el nombramiento de un antiguo capitán, Francisco de Villagra.

LOS VIEJOS GOBERNADORES EN EL PODER

El nombramiento de Villagra, hacía justicia a los trabajos de los primitivos conquistadores del reino, que se habían visto desplazados por los militares recién llegados.

Francisco de Villagra, hijo natural de Alvaro de Sarría, Comendador de Villela de la Orden de San Juan en el Reino de León, y de Ana Velásquez de Villagra, que en su juventud había sido paje del conde de Benavente y de la marquesa de Astorga, fue un hombre intrépido pero de mala estrella. Góngora Marmolejo, el cronista de la primera época, decía de él que tenía "poca ventura, porque todo le sale mal".¹⁵ Designado por Valdivia su lugarteniente en varias ocasiones, y Gobernador interino cuando el capitán de la Conquista fue a Perú, había tenido una relevante actuación en el Reino; pero cuando a la muerte de Valdivia, las ciudades del Sur lo nombran Gobernador interino, le sobreviene el desastre de Marigüeñu y el despueblo de Concepción, lo que evidentemente le restó admiración entre los suyos. Con la llegada de don García, fue conducido preso a Lima, y cuando al fin parecía que la fortuna se inclinaba a su favor con el reciente nombramiento de Felipe II, su salud física y moral se encontraban absolutamente quebrantadas.

Sólo dos años y medio después de su nombramiento como Gobernador llegaba a Chile en compañía de su mujer e hijo. Fue recibido cordialmente en La Serena y más tarde en Santia-

go, en donde, según relata Góngora Marmolejo, "le tenían aparejado un recibimiento, el mejor que ellos pudieron conforme a su posible. En la calle principal por donde había de entrar, hicieron unas puertas grandes, a manera de puertas de ciudad, con un chapitel alto encima, y en él puestas muchas figuras que la adornaban",¹⁶ todo ello simbolizaba el cariño que el pueblo de Santiago sentía por el que más de una vez fue el segundo de Valdivia.

Muchos problemas aguardaban al nuevo Gobernador, una paz ficticia en Arauco, una odiosidad creciente de los antiguos conquistadores por los compañeros de don García, que ahora disfrutaban de las encomiendas más pingües; el descontento que producía la tasa de Santillán, que aún no se había puesto enteramente en práctica, y el relajamiento de la disciplina militar eran algunos de los más graves, y el nuevo Gobernador trató buenamente de atenderlos todos.

Reformó la tasa de Santillán, anuló las encomiendas concedidas por su antecesor, entregándolas a los antiguos propietarios y encaró con mala fortuna a los araucanos, los que en un fiero combate dieron muerte a su joven hijo Pedro de Villagra, en Lincoya. Postrado por su enfermedad, recibió la noticia de Lincoya y "vuelto el rostro hacia la pared, no habló palabra alguna". Destruído moralmente, Villagra designó primero Maestre de Campo General a Pedro de Villagra, su primo, y luego lo nombró Goberna-

¹⁵ Góngora Marmolejo, Alonso de: **Historia de Chile desde su Descubrimiento hasta el año 1575**. En Colección de Historiadores de Chile Tomo II, Santiago, 1862.

¹⁶ *Ibíd.*

dor interino, preparándose él para morir, lo que ocurrió el 22 de julio de 1563.

Pedro de Villagra fue sin lugar a dudas el mejor capitán de las guerras de Arauco y, por ello, su nombramiento fue recibido con alegría por las ciudades del sur del Bío-Bío, no así por Santiago, que desde siempre se mostró partidaria de uno de sus principales vecinos encomenderos, el antiguo conquistador Rodrigo de Quiroga. Por esa causa, se mostrarán hostiles al nuevo Gobernador, hecho que manifestaron abiertamente más de una vez, como en 1563, cuando éste puso en práctica su reglamento de trabajo de los indios de encomienda.

Militarmente, Pedro de Villagra creía, al revés de sus antecesores, en una política de concentración de fuerzas militares, y por esa razón ordenó el despueble de algunos fuertes, a fin de entregar un mayor contingente armado a las ciudades consideradas por él más importantes y estratégicas. La mala fortuna de la familia Villagra continuaba, pues a pesar de obtener brillantes triunfos militares, el Gobernador cada vez fue siendo más repudiado. Santiago no

le brindaba ninguna ayuda militar y en Imperial y Valdivia habían comenzado a sentirse signos evidentes de rebelión que, al parecer, tienen su origen en las ordenanzas del trabajo indígena que Pedro de Villagra recién había dictado.

La rebelión estalló fuerte en Santiago, donde los vecinos proclamaron por Gobernador a Rodrigo de Quiroga y depusieron a Villagra, el que se embarcó rumbo a Lima a reclamar sus derechos; allí murió a la edad de sesenta y nueve años.

El nuevo Gobernador, hombre valeroso y querido, buen amigo y de mejor carácter, contó desde el primer momento con el apoyo decidido de los encomenderos. Abolió como primera medida las ordenanzas de trabajo de los indios que había dictado Pedro de Villagra, y en seguida emprendió la campaña de Arauco, donde sostuvo diversas escaramuzas que le fueron favorables. Durante su gobierno, la conquista se extendió más allá del Canal de Chacao, y el capitán Martín Ruiz de Gamboa conquistó Chiloé y fundó allí una ciudad a la que bautizó como Castro, en homenaje al entonces Virrey del Perú.

LA AUDIENCIA GOBERNADORA

Los triunfos de Rodrigo de Quiroga en Arauco se celebraron con grandes fiestas en Santiago, las que se vieron interrumpidas por las nuevas noticias que venían desde el virreinato. Eran estas noticias que el gobierno del bienamado Quiroga debía terminar porque se había designado una Real Audiencia para Chile, la cual venía a gobernar y hacer justicia en el país. La resolución emanaba del Consejo de Indias, el cual había llegado al teórico convencimiento de que la larga guerra de Arauco se debía a la ineptitud de los gobernantes, y creyendo que un cuerpo jurídico pondría orden y paz en el reino recomendó a Felipe II la creación de una Audiencia, la que estaría formada por cuatro Oidores, a cuya cabeza fue designado don Melchor Bravo de Saravia, doctor en Derecho y hombre de muchas letras.

Instalada con gran boato, desacostumbrado en un reino pobre, los Oidores iniciaron su gobierno con pasos vacilantes dada la escasez de recursos que existía y su falta de experiencia guerrera. Todo ello los llevó a cometer grandes desaciertos, como fueron el de relevar del mando del ejército a los dos mejores capitanes que tenía Chile, Martín Ruiz de Gamboa y Lorenzo

Bernal del Mercado, fueron reemplazados en sus mandos, lo que evidentemente ocasionó entre los militares un profundo desprecio por los letrados que tan mal conducían la guerra. Ese descrédito llegó a oídos del monarca, quien decidió suspender el mando del tribunal y nombró como Gobernador en propiedad al Presidente del Tribunal, el doctor Melchor Bravo de Saravia.

Hombre de letras, el doctor Bravo de Saravia era además de mal militar, un iluso, y sin medir las consecuencias de su acción se lanzó de golpe en una avanzada de pacificación. Sus intentos alocados le condujeron a derrotas grandes como la de Marigüño y la de Purén, que dejaron al país en medio de un gran desaliento. Por otra parte, la prédica que en contra del servicio personal de los indígenas hacía el Obispo de La Imperial, Monseñor San Miguel, y el gran terremoto del 8 de febrero de 1570, que arrasó la ciudad de Concepción, completan bajo esa administración un penoso estado del país.

El Rey, finalmente decidió reemplazar el gobierno letrado por uno enteramente militar y nombró para el cargo a nuestro ya conocido Rodrigo de Quiroga.



Magistrados de una audiencia española. Archivo Nacional, Santiago de Chile.

DE NUEVO LOS MILITARES

Rodrigo de Quiroga, el fiel y leal amigo de Valdivia, asumía nuevamente el mando del Reino. Esta vez recibía el país en condiciones más que penosas; a una pobreza generalizada se unían las disputas que sobre el trabajo de los indios sostenían encomenderos y sacerdotes, que se agravaban con las continuas prédicas que el Obispo San Miguel hacía, amenazando con excomulgar a los encomenderos que dieran malos tratos a sus indios. Para mayores males, un nuevo terremoto, esta vez en todo Chile, ocurrido en 1575, asoló las ciudades, "quebrajó las casas de Santiago... hechó por tierra cinco ciudades: Imperial, Villarrica, Osorno, Valdivia y Castro, que se vieron reducidas a la nada"¹⁷, por la acción de la naturaleza, violenta e inflexiblemente y que Mariño de Lobera describe diciendo que, "el ver moverse las tierras tan rápido hacía ponerse los pelos de punta y volver amarillo el rostro de las personas".¹⁸

Con todo eso en contra partía Quiroga, y por eso, previendo nuevos desastres, no inició sus operaciones bélicas hasta contar con un fuerte contingente de refuerzos. Entretanto, la guerra se limitó a algunas correrías que ambos bandos llevaban a cabo. Pero el sino de Quiroga estaba señalado, un nuevo frente se abría, esta vez por el mar llegaban los enemigos. Las costas del Pacífico se vieron infestadas por los piratas y cor-

sarios ingleses. El más temible de ellos, Francis Drake, cruzando el Estrecho de Magallanes asaltó y saqueó Valparaíso e intentó lo propio con La Serena, donde la resistencia enconada de los habitantes lo hizo desistir de sus propósitos.

Murió Rodrigo de Quiroga viejo y anciano en 1680, legando el gobierno del Reino a su sucesor natural, su yerno el Mariscal Martín Ruiz de Gamboa.

Ruiz de Gamboa, que hacía ya un año mandaba de hecho en el Reino y cuya ascensión al poder fue vista por los habitantes del país como un acontecimiento absolutamente lógico, tomó el mando.

A poco de iniciado su gobierno, Ruiz de Gamboa dictó una nueva ordenanza de trabajo de los indígenas, mediante la cual se suprimía el trabajo personal de los naturales, quedando éstos sometidos a la entrega de un tributo en oro o especies que llegaba a sólo nueve pesos anuales. El resultado de la aplicación de esta ordenanza fue que los españoles vieron disminuir las entradas de la Real Hacienda y de sus propios bolsillos por el abandono que los indios paulatinamente fueron haciendo de los lavaderos de oro. Otro importante hecho que marcó el gobierno del nuevo Gobernador fue el que en las márgenes del Ñuble se fundara una nueva ciudad bajo la advocación de San Bartolomé; surgió así Chillán, que permitió pacificar la zona entre el Bío-Bío y el Maule, que hasta esos momentos se había debatido entre la guerra y la paz.

Pero a ojos del monarca, la incursión de los ingleses en las costas del extremo sur signifi-

¹⁷ Mariño de Lobera, Pedro: *Crónica del Reino de Chile*. Tomo VI. En Colección de Historiadores de Chile, Santiago, 1865.

¹⁸ *Ibíd.*

caban un inmenso peligro para sus ricas posesiones americanas, por lo que decidió iniciar la defensa de ellas a cualquier costo. Para ello tomó diversas medidas como la de intentar fortificar el Estrecho de Magallanes y hacer de la guerra de Chile un asunto de vital importancia. Por ello envió a Pedro Sarmiento de Gamboa a cumplir la primera misión. Este salió de Río de Janeiro en noviembre de 1582 con quince navíos y después de una larga navegación fundó en el Estrecho dos poblaciones, Nombre de Jesús y Rey don Felipe, las cuales, años más tarde fueron abandonadas a su suerte y sus pobladores, en medio de un inhóspito paraje, murieron de hambre y de frío, de modo que cuando el pirata inglés Cavendish pasó en 1587 por allí, sólo encontró a 15 sobrevivientes maltrechos, haraposos y desnutridos, los demás habían perecido en medio de atroces padecimientos.

La segunda idea del monarca fue implementada a través del nombramiento como Gobernador de Chile de uno de los mejores capitanes de los tercios españoles que combatían en Flandes, don Alonso de Sotomayor, el cual fue designado en 1591 y tomó de inmediato posesión de su cargo. Una de las primeras medidas del nuevo Gobernador fue abolir la tasa de Gamboa y restaurar la de Santillán, logrando de este modo que las arcas fiscales volvieran a nutrirse con el quinto real que las labores en las minas entregaban. Dichas entradas le permitieron hacer con mayores recursos la guerra. Trazó un plan basado en el que al principio de la Conquista había seguido Pedro de Valdivia y que consistía en proteger la

región ocupada con un fuerte o una ciudad, que se ligaban entre ellas por medio de grupos de militares sueltos que incursionaban de tiempo en tiempo entre ambos lugares, deshaciendo juntas y reuniones de los indios. Pero aún faltaban recursos, lo que se vio más patéticamente cuando llegó a Chile el pirata Tomás de Cavendish, al cual no se podía atacar por carecer los pueblos de la costa de cañones.

Todo ello iba confirmando las sospechas de que el Reino de Chile por sí solo no era capaz de afrontar los peligros internos y externos, que para solucionarlos requería del apoyo constante de refuerzos que debían llegar de Perú y España.

En reemplazo de Sotomayor, llegó a Chile desde Perú un nuevo capitán, don Martín García Oñez de Loyola, el que por estar casado con una princesa inca, doña Beatriz Clara Coya, aparece a los ojos del monarca como un puente de unión entre españoles e indígenas. Hombre bondadoso y conciliador, Oñez de Loyola permitía que los indios capturados en abierta rebeldía fueran puestos de inmediato en libertad, lo que le valió entre los aborígenes el que éstos pensaran que era un hombre débil. Los indios fueron sublevándose ante esa supuesta debilidad y se prepararon para iniciar un levantamiento general, el que comenzó en Curalaba, donde Pelantaro sorprendió y dio muerte al Gobernador, y siguió con la destrucción de todas y cada una de las ciudades del Sur, con la sola excepción de Castro.

Con el fin del siglo se cierra el capítulo de la Conquista y con él se cierra también un capítulo glorioso en la guerra de Arauco. Los españoles no habían conseguido pacificar a los indómitos araucanos y éstos no habían podido vencer la tenacidad del español para permanecer en el país. El fin del siglo deja a Chile reducido

a la escasa extensión que va desde Atacama a Bío - Bío y lo despoja de las ricas minas de oro que en el Sur existían. Ahora Chile deberá transformarse en agrícola y no minero, la tierra cobra valor y el asentamiento español en el centro del país marcará en el futuro la realidad chilena.

Bibliografía

Actas del Cabildo de Santiago. En Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional.

Barros Arana, Diego: **Historia Jeneral de Chile.** Santiago, 1884.

Bibar, Jerónimo: **Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile.** Santiago, 1966.

Encina, Francisco A.: **Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891.** Santiago, 1912.

Ericlla y Zúñiga, Alonso de: **La Araucana.** Santiago 1973.

Errázuriz, Crescente: **Historia de Chile.** Pedro de Valdivia. Santiago.

Eyzaguirre, Jaime: **Ventura de Pedro de Valdivia.** Santiago, 1954.

Góngora, Mario: **Encomenderos y estancieros.** Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista. 1580-1660. Santiago, 1970.

Góngora, Marmolejo, Alonso de: **Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575.** En Colección de Historiadores de Chile. Tomo II. Santiago, 1862.

Jara, Alvaro: **El sesmo de oro en la Tasa de Santillán.** Santiago, 1964.

Mariño de Lobera, Pedro: **Crónica del Reino de Chile.** En Colección de Historiadores de Chile. Tomo VI. Santiago, 1865.

Medina, José Toribio: **Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile.**

Mellafe, Rolando y Sergio Villalobos: **Diego de Almagro.** Santiago, 1954.

Molina Cristóbal de: **Conquista y población del Perú.** CDIHCh TOMO VII, 1895.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de: **Historia general y natural de las Indias.** Madrid. 1851.

Rosales, Diego: **Historia Jeneral de Chile,** Flandes indiano. Valparaíso, 1877.

Valdivia, Pedro: **Cartas de relación.** Santiago, 1973.

Villalobos, Sergio; Osvaldo Silva; Fernando Silva y Patricio Estelle: **Historia de Chile.** Santiago, 1972

SERIE CUADERNOS HISTORICOS

1. Culturas y pueblos de Chile prehispano
Oswaldo Silva Galdames
2. Descubrimiento y Conquista de Chile
Julio Retamal Avila
3. Los siglos coloniales XVII y XVIII
Julio Retamal Avila
4. La economía colonial
Julio Retamal Avila
5. La sociedad colonial
Julio Retamal Avila
6. La cultura colonial
Julio Retamal Avila
7. La Iglesia en la Colonia
Carlos Martínez Farah
8. El Gobernador Manso de Velasco
Sergio Fernández Larrain
9. El Gobernador Ambrosio O'Higgins
Aurelio González Santis

Editorial Salesiana